

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Monje
Inquebrantable

Matt Burns

«Cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla.»

Zhota no podía silenciar las palabras de despedida de Akyev. Durante las últimas semanas habían estado evitando todos sus pasos. Durante el día, el recuerdo de la voz de su maestro solo era un susurro, pero cuando llegaba la noche alcanzaba el paroxismo.

Aquella noche era igual: sabía que se le pondría a prueba de nuevo.

Los vientos habían aumentado su velocidad, y aullaban en el Gorgorra como el último suspiro helado de un dios moribundo. El frío traspasaba sus fajines verdes, blancos y azules, y calaba hasta los huesos. En años anteriores había soportado lacerantes vendavales de montaña a las afueras del Monasterio Suspendido sin problema alguno, pero este viento era distinto. Había cierto tipo de urgencia en él que le llenaba de desasosiego, como si los dioses de los bosques estuviesen turbados por el temor.

Zhota caminó por el borde del campamento, golpeando levemente con su bastón el suelo cubierto de líquen. Pinos musgosos y abedules imponían su altura alrededor del claro en el que había pasado la noche, junto con un roble sumamente antiguo. Sus grandes ramas retorcidas formaban un arco sobre la amplitud del campamento de manera casi protectora.

Los dos hombres cerca de su hoguera aún estaban dormidos, envueltos firmemente en unas andrajosas mantas de lana. Había puesto sus esperanzas en una noche de soledad, pero los refugiados habían acabado con esa posibilidad al encontrarse con él justo después de la puesta de sol. El deseo de no proporcionarles un lugar en su campamento había sido fuerte, pero el maestro de Zhota había prohibido explícitamente rechazar a los viajeros.

—Dales la bienvenida con los brazos abiertos, pero mantén tu corazón a buen recaudo —había ordenado Akyev—. Obsérvalos con sumo cuidado, pues si están contaminados por un dios del caos, éste hará todo lo que pueda para evitar tu mirada.

Así había obrado Zhota, examinando con todo detalle a los forasteros. No necesitó mucho tiempo para concluir que estaban libres de toda corrupción. Los hombres, demacrados y con ojos cansados, eran un padre de pelo entrecano y su hijo de veinte años, los únicos supervivientes de un ataque perpetrado por un grupo de khazra salvajes. Los mugrientos hombres cabra habían cogido desprevenida a la aldea de los refugiados y la habían convertido en un cementerio calcinado.

Los hombres provenían de un área del Gorgorra que mantenía lazos religiosos y culturales con Ivgorod, y estaban huyendo hacia el norte en busca de la seguridad de la ciudad. A pesar de los horrores a los que se habían enfrentado, padre e hijo mantenían intactas sus esperanzas, y creían que encontrar a Zhota era una señal de que el dios de la fortuna los había bendecido. Él se había sentido casi cruel mientras los escuchaba hablar sobre la vida que llevarían una vez se encontrasen entre los muros de Ivgorod, pues sabía de corazón que era probable que falleciesen antes de alcanzar la ciudad.

Mientras se preparaban para echarse a dormir, los dos hombres le habían ofrecido sus últimas provisiones como pago por compartir el campamento de Zhota. Él, de manera amable, había simulado su disposición de aceptar el regalo antes de rechazarlo. En realidad, no quería tener nada que ver con los refugiados. Había aprendido a no crecer junto a aquellos que se encontraban en el Gorgorra por temor a que se pudiesen convertir en obstáculos.

—En ese caso, rendiremos el doble de tributo a los dioses —había respondido el padre, no sin algo de mala intención—. Han sido misericordiosos por habernos guiado hasta ti, hombre santo. Nada en el Gorgorra es lo que parece.

No, le habría gustado responder a Zhota. Ni siquiera yo.

Las palabras del otro hombre eran más que ciertas en cuanto al bosque. Zhota había crecido rodeado de cuentos sobre el antiguo Gorgorra, al sur de Ivgorod. Incluso los árboles más jóvenes ya eran antiguos en el momento en el que se fundó la orden del monje. Aquí, según se le había enseñado, el equilibrio entre los mil y un dioses del orden y el caos era inmutable. Se preguntaba qué dirían los antiguos monjes si pudiesen presenciar el sombrío crisol en el que se había convertido el bosque.

Zhota prosiguió con sus rondas por el campamento, repitiendo un mantra que abría su mente a los bosques cercanos, donde sus ojos no podían ver. Sintió que algo se movía en la oscuridad, una presencia que había descubierto con anterioridad en la noche. Lentamente, casi metódicamente, se había hecho más y más poderosa a cada hora, como si se estuviese acercando al campamento. Zhota comenzó a sentir una especie de picor en la piel provocado por la sensación de estar siendo vigilado desde todas las direcciones por cientos de ojos, mientras la forma verdadera de los observadores permanecía oculta. Y aún peor: ninguno de los dioses del orden del bosque había respondido a sus súplicas para revelar el origen de la presencia. Las deidades se mostraban indiferentes; no se podía confiar en ellas.

Los dioses habían estado así durante semanas, desde el instante en que aquel fuego celestial había alumbrado Ivgorod y aterrizado en algún lugar al sur del reino. En su despertar, los dioses del caos y su prole demoníaca habían comenzado a merodear por el bosque mientras los bandidos saqueaban las aldeas aisladas con total impunidad. Había docenas de nombres y explicaciones distintas para el cometa, pero todas tenían en común el pronosticar tiempos sombríos. En ningún lugar estaban tan presentes las sombras como en las leguas de denso bosque de montaña que lo rodeaban. Descubrir lo que implicaba realmente ese fenómeno no era responsabilidad de Zhota. Otro miembro de su orden, un monje sin igual al que siempre había tenido en alta estima, había sido enviado para estudiar el fuego celestial.

Según la noche iba haciéndose más profunda, Zhota fue inquietándose. Parecía como si aquella fuerza impía que estaba merodeando en la maleza estuviese jugando con él. Su mano recorrió los cientos de glifos y proverbios que había grabado en su bastón. Serpenteaban alrededor del arma de un extremo al otro en intrincados patrones, y cada uno de ellos era un recuerdo de sus sesiones de entrenamiento. Zhota repitió las inscripciones, esperando encontrar algún tipo de claridad o solución. En lugar de eso, desenterraron recuerdos de sus fallos bajo el tutelaje de Akhev.

Se encontraba recitando las lecciones entre dientes cuando un rumor acalló los vientos.

En la distancia, una aguda y pequeña explosión similar al ruido proveniente de la madera crepitando en un fuego retumbó por todo el Gorgorra, seguida de otra, y luego otra más. Los extraños ruidos eran pocos y leves en un principio, pero rápidamente aumentaron en frecuencia y volumen, proviniendo de todas las direcciones alrededor del campamento. Zhota forzó la vista y clavó sus ojos en la oscuridad mientras el sonido crecía hasta convertirse en un ensordecedor tumulto de ramas agitándose y madera partiéndose. Vio hileras de árboles más allá del claro agitándose y de repente entrar en llamas de manera espontánea en oleadas sucesivas que avanzaban hacia él y los refugiados con cada explosión.

El movimiento se detuvo en el borde del campamento. Una quietud absoluta se instaló en el bosque.

El anciano y su hijo se pusieron de pie con esfuerzo, atontados por el sueño.

—¿Qué era eso? —masculló el padre.

Zhota hizo un gesto con la mano para pedir silencio. Se arrastró hacia la oscuridad, un negro abismo desprovisto de movimiento o forma pero cargado con la presencia de lo que en ese momento reconocía como los esbirros de los dioses del caos. Aunque no podía verlos, estaban tan cerca que creía que podía extender la mano y tocarlos. Estaban en todos los sitios a su alrededor: en el suelo, en el aire, en los árboles.

En los árboles.

El suelo tembló bajo los pies de Zhota cuando lo comprendió. Una masa de raíces de árbol explotó hacia arriba, provocando una ducha de tierra húmeda y lanzándolo por los aires. Durante la caída rodó y acabó cayendo sobre sus rodillas al otro lado del campamento.

Los árboles a su alrededor se balancearon y extendieron sus ramas, crujiendo y gruñendo como gigantes despertándose tras largos eones de letargo. El movimiento parpadeaba por la tenue luz de la hoguera en todo el campamento mientras numerosas raíces ascendían desde el suelo y comenzaban a moverse rápidamente y a ciegas hacia Zhota y los refugiados.

—¡Quedaos cerca del fuego! —gritó Zhota al resto de hombres.

El padre y su hijo gatearon para poder recoger trozos de madera de entre el fuego, y agitaron sus improvisadas antorchas contra las raíces que habían alcanzado el centro del campamento. Zhota lanzó un ataque contra un pino cercano, golpeando a las raíces que embestían contra sus pies. Descargó una lluvia de golpes de bastón contra el árbol y por último impactó con su palma abierta contra el tronco. Una onda de grietas surgió alrededor de su mano y ascendió en espiral por el árbol. Saltó hacia atrás mientras el tronco se convertía en una avalancha de astillas y la mitad superior del árbol se venía abajo sobre un abedul adyacente.

Sin embargo, la destrucción del pino no hizo que Zhota percibiese que el demonio en su interior hubiese muerto. En su lugar, daba la impresión de que la presencia impura únicamente había visto reducido su poder. Abrió su mente a los árboles que rodeaban el campamento. Todos estaban corrompidos, pero no eran más que marionetas controladas por una sola entidad.

Sus ojos se posaron en el roble antiguo, que había permanecido inmóvil e inerte. Dentro de su marchito tronco pudo sentir al demonio extendiendo su influencia hacia el bosque de alrededor.

En respuesta al descubrimiento de Zhota, el tronco del roble se abrió con violencia para formar lo que parecía ser una enorme boca que echaba espumarajos de musgo. Lanzó un agudo grito que perforó la noche e hizo que las rodillas de Zhota se tambaleasen. Los refugiados se echaron al suelo y se llevaron las manos a los oídos mientras gritaban de agonía.

El resto de árboles permanecieron quietos mientras el demonio reunía su poder para transferirlo al roble. Las ramas se balancearon en el campamento hacia abajo y en dirección a

Zhota como docenas de lanzas con puntas dentadas. El monje se lanzó hacia un lado e hizo un barrido con su bastón en un amplio arco, lo que envió una espada invisible de aire puro que comenzó a rajar las torcidas ramas.

El roble gritó con furia y renovó su ataque con lo que quedaba de sus rotas ramas. Zhota dio una voltereta por encima de ellas mientras avanzaban a latigazos por el aire, y aterrizó en la base del roble. Con una feroz estocada introdujo su bastón en las fauces del árbol, concentrando su mente en un único punto en el extremo del arma.

El roble convulsionó, y su tronco comenzó a palpar mientras su boca expulsaba un torrente de fuego divino. Las llamas prendieron fuego al núcleo del árbol y este se marchitó hasta llegar a ser una ennegrecida y humeante cáscara.

—¡Hombre santo! —gritó a sus espaldas el padre.

Zhota se giró y observó que una de las ramas del roble había perforado el hombro del hijo, inmovilizándolo en el suelo. El joven estaba inconsciente pero aún seguía vivo.

—Es una herida superficial. Vivirá con tu ayuda, hombre santo —dijo el padre mientras se arrodillaba junto a su hijo.

Sí, deseaba responder Zhota. Al igual que el resto de los monjes, había recibido un buen entrenamiento en las artes de la curación. Inspeccionó la piel alrededor de lo que quedaba de la rama del roble. La sangre presentaba un saludable color carmesí sin signo alguno de corrupción... todavía.

El padre miró a Zhota con la mirada llena de esperanza y expectativas.

—Puedes curarle, ¿verdad?

Zhota se forzó a sí mismo a pronunciar las vacías palabras que le habían ordenado recitar.

—Ahora está contaminado. La corrupción evitará mis poderes sagrados hasta que me vaya. Solo entonces surgirá y tomará la mente y el cuerpo de tu hijo. Debemos entregarlo a los dioses para que descanse en paz.

—¡No! —gritó el padre, horrorizado—. Lucharé. Es fuerte. Déjame a mí. Juro por los mil y un dioses que si muestra algún signo de corrupción lo mataré con mis propias manos. Es el último de mi sangre.

El padre intentó agarrar débilmente los pies de Zhota, suplicando con suma desesperación. Nada de aquello le parecía bien al monje. Debería dar esperanza a la gente, no arrebatarla. Durante un momento pensó en marcharse. Pero en el mismo instante en que ese pensamiento surgió en su mente, los recuerdos de Akyev aparecieron de manera espontánea.

Zhota casi podía ver a su maestro en ese momento delante de él en el campamento, observando a su antiguo discípulo con vergüenza e indignación. Habían pasado semanas desde la última vez que vio a Akyev, después de que Zhota hubiese superado los ritos para convertirse en monje y se hubiese tatuado los círculos de orden y caos en su frente. Un día después de que el fuego celestial apareciese sobre Ivgorod, su maestro había reclamado su presencia en una terraza del monasterio abierta al exterior, donde los vientos de la montaña azotaban los fajines del anciano monje de color marrón, negro y gris. Akyev recibía de vez en

cuando el apelativo de “el Inquebrantable”. Su fuerza y determinación eran todo lo que Zhota se esforzaba por emular, pero temía que nunca pudiese conseguirlo.

—Aquellos tocados por la prole de los dioses del caos deben ser purificados. No hagas preguntas. No intentes curar sus heridas. Debemos asegurarnos de que la corrupción se detenga lo antes posible —había dicho Akyev, quien transmitía las instrucciones que recibió de manos de los nueve Patriarcas, jefes de la religión Sahptev y gobernantes supremos de Ivgorod. Actuando como brazo militante de la fe, a los monjes se les encargaba llevar a cabo los decretos emitidos por los líderes divinos del reino.

—Los patriarcas solicitan que llesves a cabo una ardua tarea, una reservada exclusivamente para el más devoto de nuestra orden —había proseguido el Inquebrantable. Observó a Zhota durante un instante y frunció el ceño—. Has obtenido el rango de monje, pero en ocasiones me pregunto si estás realmente preparado. En ocasiones creo que sigues siendo ese chico tonto que vino por primera vez al monasterio. Más bestia que hombre, en verdad... Una criatura salvaje con los ojos nublados por la emoción, la intuición y todos esos efímeros sentimientos que cambian según se antoje, con la misma rapidez que el viento. ¿Eres ese chico, o eres un monje?

—Ese chico está muerto —había respondido Zhota.

—En ese caso, tendrás que probarlo. Y recuerda que cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla.

Al día siguiente, Akyev había abandonado el monasterio con su propia misión. Zhota se marchó poco después, pero las palabras de su maestro se habían quedado con él, y suponían un recuerdo constante de sus fallos pasados.

La voz de Akyev era en ese momento más potente que nunca, y su sonido rechinaba en los oídos de Zhota como cuando dos espadas de acero chocan una contra otra. Sus pensamientos previos respecto a dejar de lado el deber lo inundaban de ira. Eso era suficiente para empujarlo hacia adelante.

El deber lo es todo, se decía a sí mismo. La palabra de los Patriarcas es la palabra de los dioses. ¿Quién soy yo para cuestionar sus métodos? Yo soy su instrumento.

Los líderes sagrados de Ivgorod eran las reencarnaciones de los nueve humanos primigenios elegidos por los dioses para gobernar el reino. Cuatro se comprometieron con el orden, cuatro con el caos y el último permaneció neutral. Siempre habían trabajado para mantener el orden. Algunas veces eso implicaba solicitar el concurso de los monjes en complicadas tareas, pero esa era la naturaleza del mundo. Todo formaba parte de mantener la igualdad entre el orden y el caos para que ninguno reinase sobre el otro.

—Apártate —ordenó Zhota. Pero el anciano no se movía.

—¡Mi chico *nunca* ha deshonrado a los Patriarcas! ¿Así es como se lo pagan? —El refugiado retrocedió y cogió un cuchillo romo de entre sus pertenencias, cerca del fuego, y se abalanzó contra el monje.

Zhota agarró al anciano por la muñeca, girándola hasta que este dejó caer el cuchillo. El padre aulló de dolor y se dejó caer de rodillas.

—Es mi único hijo —dijo entre sollozos.

En aquel momento el hombre ya había perdido toda voluntad de lucha. Se dejó caer y quedó postrado sobre el suelo.

Zhota se acercó lentamente al hijo, recitando uno de los antiguos juramentos de la orden de los monjes en su cabeza. *Camino entre los dioses del orden y los dioses del caos. Sirvo a ambos y no me convierto en ninguno. Soy el guerrero que transita la línea divisoria. Mientras mis actos mantengan el equilibrio, estaré libre de pecado.*

Libre de pecado. Pronunció esas palabras en silencio mientras ponía la palma de su mano sobre el pecho del joven. Zhota cerró sus ojos y después susurró un mantra para infundir energías sagradas al hijo. Era un tipo de asesinato misericordioso que el monje había aprendido de Akyev, utilizado para garantizar una muerte pacífica y libre de dolor a aquellos que habían sufrido heridas mortales que iban más allá de los poderes de curación de la orden.

Sintió cómo el corazón del joven iba reduciendo su ritmo, hasta que se detuvo por completo. A continuación, Zhota construyó una pira de madera y las llamas purificaron el cadáver.

La luz de la mañana ya comenzaba a inundar el bosque en el momento en que los huesos yacían carbonizados. Zhota partió solo y sabiéndose merecedor de llevar la cabeza bien alta: había cumplido con la voluntad de los Patriarcas. Pero en vez de eso, lo único en lo que podía pensar era en el hombre devastado que dejaba tras de sí y en cómo sus últimos vestigios de esperanza se desvanecían mientras, arrodillado sobre los restos de su hijo, rezaba a unos dioses que ya no escuchaban.

* * * * *

Zhota encontró la caravana, masacrada, tres días después.

Contó ocho cadáveres en total, esparcidos en un pequeño claro cubierto por una capa de espinas de pino. Se cubrió la nariz con el fajín que llevaba anudado alrededor de su pecho para hacer frente a ese hedor, y abrió su mente al área circundante en busca de demonios. No descubrió ninguno.

Más de dos docenas de sacos de provisiones yacían esparcidos cerca de una fornida bestia de carga, seccionada a la mitad a la altura de sus inmensos hombros. Había demasiados suministros para un solo animal, incluso para lo tenaces y fuertes que eran las bestias de carga. Cerca de la carretera, Zhota se encontró con tres grupos de huellas procedentes de pezuñas, cada uno en una dirección diferente.

Los cadáveres humanos eran recientes, la caravana no llevaba muerta más de un día. La mayoría de las víctimas llevaban togas de un gris apagado, frecuentes entre aquellos que vivían en el Gorgorra. Sin embargo, había hachas y espadas de factura exquisita junto a los cadáveres, lo cual ponía en tela de juicio sus sencillos atuendos.

Se arrodilló junto a uno de los muertos, un hombre de complexión atlética con las manos características de un herrero: rugosas y con cicatrices. Había gusanos retorciéndose en varias de las heridas presentes en los brazos y el pecho. Daba la impresión de que casi todos los viajeros habían sido torturados antes de ser asesinados.

Un cuerpo en particular llamó el interés de Zhota. A aquella mujer le habían despojado de su ropa y la habían lanzado sobre la ahora ennegrecida hoguera en el centro del campamento, y sus piernas estaban totalmente carbonizadas. A diferencia de las otras víctimas, a esta le faltaba la cabeza. Zhota registró el claro de nuevo, pero no dio con ella.

La carnicería había sido premeditada. Sabía que era algo digno de investigar, pero los Patriarcas no lo habían enviado al Gorgorra para resolver misterios. Solo necesitaba purificar los cadáveres antes de irse.

Zhota examinó algo semi-cubierto por las cenizas de la hoguera y lo desenterró: se trataba de una flauta de madera con inscripciones ornamentales adornada con tachones de latón. Era el juguete de un niño. En ese momento recordó que él llevaba una consigo al monasterio cuando comenzó su entrenamiento. La música siempre había sido tenida en muy alta estima en la orden de los monjes y en todo Ivgorod, pero Akyev no compartía con sus camaradas el amor por las artes. Nada más encontrar la flauta entre las pertenencias de Zhota, la partió a la mitad y la arrojó por un acantilado junto al Monasterio Suspendido.

Zhota quitó el hollín del instrumento y lo colocó entre sus labios. Al tocar la flauta, las notas salieron con una falta de armonía tremenda. Estaban tan vacías y exentas de significado como lo había estado su vida antes de entrar a la orden de los monjes. Se dispuso a dejar de nuevo el juguete en la hoguera, pero acabó quedándose en su mano. Había algo en esa flauta que de manera extraña lo envalentonaba, y con ella casi se sentía en paz. La introdujo en su fajín, y se convenció a sí mismo que sería un recuerdo del muchacho débil e ignorante que una vez fue.

De repente, la densa cubierta forestal en el borde del claro comenzó a crujir a consecuencia de cierto movimiento.

Zhota se irguió a una gran velocidad y se giró hacia el sitio del que provenía el sonido.

—¡Muéstrate!

Hojas muertas cayeron en cascada al suelo justo más allá del claro. Zhota se estaba introduciendo sigilosamente en la oscuridad del bosque, cuando una pequeña figura se dejó caer desde un enorme abedul y se sumergió en las profundidades del bosque.

Zhota comenzó a perseguirla. El corredor llevaba la misma toga que los viajeros muertos. Por lo que se dejaba ver, era un niño, y bastante torpe. La figura se tropezó con unas raíces y se golpeó contra varios troncos de árboles durante la persecución.

Finalmente, el monje le hizo un placaje y cayó sobre el suelo del bosque. El niño se retorció para intentar zafarse, y comenzó a sollozar. Cuando Zhota le quitó la capucha, observó una abominación que le provocó escalofríos.

Era un muchacho de no más de diez años. Su cabello, largo y casi translúcido, se extendía por el frío suelo, enmarcando un rostro fino y tímido. Su piel era del color de los huesos descoloridos por el sol. Y sus ojos...

Sus ojos eran totalmente blancos, y de ellos brotaban lágrimas de sangre.

* * * * *

El niño ciego permaneció en silencio durante días después de que Zhota hubiese purificado a los viajeros asesinados y hubiese retomado su viaje, ignorando las preguntas del monje sobre qué había sucedido con la caravana. Había comenzado a pensar que el niño también era mudo, hasta que una noche murmuró "madre" entre sueños.

El joven había intentado huir en varias ocasiones, lo que había obligado a Zhota a quitarse uno de sus fajines y atar las manos del muchacho con él, utilizando la prenda como correa. En un principio, la decisión de llevarlo con él no había sido fácil. Su mera visión provocaba aprensión a Zhota. Durante un tiempo el monje estuvo especulando con la idea de que fuese un demonio disfrazado de niño, pero ese pensamiento lo abandonó pronto. *Nada es lo que parece en el Gorgorra.*

El muchacho era muy extraño, eso es cierto, pero Zhota no había percibido nada demoníaco en su interior. Era consciente de su entorno de un modo en que solo podía serlo aquel que jamás había confiado en sus ojos. Aun así, el chico se tropezaba constantemente con rocas musgosas o raíces, lo que ralentizaba el paso de Zhota al nivel de un caracol.

Y para más inri, el muchacho tenía la energía de un perro a punto de morir. No podía caminar más de medio kilómetro sin tener que parar para recobrar el aliento. Siempre que el sonido de algún pájaro u otro animal resonaba en los bosques de alrededor se dirigía hacia ellos, extasiado con la curiosidad de un niño. Zhota pensó en abandonar al muchacho, pero el monje tenía la esperanza de descubrir qué había atacado a la caravana.

Sin embargo, el niño seguía instalado en su obstinado silencio. Si el pequeño quería jugar, pensó Zhota, el monje también jugaría.

—Más rápido, niño demonio —dijo Zhota mientras tiraba de la correa del chico.

—Ten cuidado aquí, niño demonio —dijo mientras conducía al joven sobre un lecho de rocas.

Estuvo picando al muchacho durante todo el día, observando cómo la piel del niño se volvía roja por la ira. El joven terminó por estallar, tirando de la correa de Zhota.

—¡No soy un demonio!

—Así que puedes hablar...

El niño se encogió, derrotado, y agachó la cabeza.

—Dime cómo te llamas, muchacho. Estoy aquí para ayudarte.

—Mentiroso. Me engañaste. Tocaste mal la canción.

—¿Que te engañé? A lo mejor debería haberte dejado allí. ¿Cuánto tiempo crees que puede durar un niño ciego en el Gorgorra? —De repente, Zhota recordó la flauta que había guardado en su fajín.

Sacó el instrumento y se lo ofreció al niño.

—Supongo que esto es tuyo.

El muchacho buscó a tientas hasta que dio con la flauta, y la abrazó contra su pecho. Lágrimas de sangre comenzaron a brotar de sus ojos, y las finas hileras rojas que dejaban parecían los cortes que alguien le hubiera hecho con una fina hoja.

—Madre —susurró el niño—... Me prometió que me llamaría con nuestra canción. Cuando escuché la música me di cuenta de que la estaba tocando mal... Pensaba que la había olvidado —El chico dirigió sus ojos impedidos hacia Zhota como si pudiese verlo de verdad, arrugando su rostro por la rabia—. ¿Qué le has hecho?

—Si tu madre estaba en el campamento, ahora está con los dioses —dijo Zhota mientras recordaba a la mujer decapitada en la hoguera. No vio ninguna razón para suavizar la verdad con falsas esperanzas—. Ella y el resto encontraron su destino mucho antes de que me cruzara con ellos.

—Eso es lo que me dijeron los dioses —afirmó el muchacho—, pero no quería creerlo.

—Fuese lo que fuese lo que acabó con ellos, ya no está aquí. Ya no te molestará más.

—No —respondió el chico—. El demonio que nos atacó aún está ahí fuera. La gente del campamento me escondió en el árbol y después soltaron a las bestias para engañarlo, pero cuando descubra que no estoy con ellos, vendrá otra vez a por mí. Mi madre me dijo que no dejará de perseguirnos hasta que ambos estemos muertos.

—Aquí los demonios matan de manera indiscriminada. No persiguen a viajeros sin descanso. Ahora, dime cómo te llamas y de dónde vienes. ¿Tienes algún familiar en el Gorgorra?

—No me crees —dijo el niño. El chico ignoró el resto de preguntas de Zhota.

Aquella noche, después de que Zhota instalase el campamento, el chico se acurrucó al calor de la hoguera, con la flauta entre sus brazos. La tozudez del muchacho era exasperante, pero el monje tenía que preguntarse por qué los dioses habían hecho que sus caminos se cruzasen si no era para que cuidase de él. Estaba indefenso... solo... aterrado...

—Los plebeyos con los que te encuentres intentarán desviarte del sendero de tu deber con sus lágrimas y preocupaciones. Debes ser más sabio que ellos. No puedes desviarte —le había avisado Akyev.

A Zhota no le quedaba más remedio que admitirlo: había sabiduría en las palabras de Akyev. Se le había enviado para restaurar el equilibrio en el Gorgorra, no para cuidar a huérfanos. Pero no podía abandonar al chico.

Zhota recorrió con los dedos las lecciones grabadas en su bastón. Su mano se detuvo en un profundo agujero cerca del centro del bastón. Esa muesca era algo que estéticamente no cuadraba con el resto de bellas inscripciones que había grabado, pero Akyev había prohibido a Zhota repararla, puesto que habría olvidado su significado.

—Tu arma tiene la fuerza de tu espíritu —le había dicho Akyev el día en que su bastón fue labrado. Los monjes se esforzaban por convertir sus cuerpos y sus mentes en instrumentos de justicia divina. Las espadas, bastones y el resto de herramientas de batalla eran en realidad innecesarios. Sin embargo, la orden otorgaba un gran valor al entrenamiento con todo tipo de armamento para fortalecer su habilidad marcial. Para un monje no era extraño empuñar un tipo de arma y utilizarla como una extensión de su espíritu perfectamente equilibrado para

concentrar mentalmente sus ataques. Akyev era partidario de dicho método, y había dedicado una gran cantidad de tiempo a impartir su filosofía sobre armamento a Zhota a lo largo de los años.

—El ignorante verá tu bastón como simple madera, algo que se puede quebrar con facilidad — había proseguido Akyev—. Sin embargo, solo se astillará cuando dudes, y mientras camines por el sendero del deber no habrá razón para que eso suceda.

Zhota y su maestro se reunieron en uno de los campos de entrenamiento amurallados del monasterio para entrenar con armas de verdad. Atrás quedaban los días de práctica con espadas romas y bastones huecos.

El joven monje había llegado rebosante de confianza, pero esta se desvaneció por completo cuando Akyev empuñó su cimitarra. La espada no tenía adorno alguno, pero Zhota era consciente de que no era en absoluto común. El Inquebrantable la había forjado con sus propias manos, plegando el acero sobre sí mismo una y otra vez durante meses. Cada mañana había dedicado rezos a su deidad protectora, Zaim, dios de las montañas, para que imbuyese a la espada con una fuerza indómita. Podía cortar rocas y armaduras acorazadas como si fuesen agua.

—El arma es un adorno —había dicho Akyev tras ver el temor que asomaba en el rostro de Zhota—. Los Patriarcas estiman que mi filo no es mejor que tu bastón. ¿Crees que puedes cuestionar su divina sabiduría?

—No —había respondido Zhota, intentando dar la impresión de que realmente creía en lo que decía.

Después de eso, comenzó el entrenamiento. Cuando Akyev propinó el primer golpe, la duda y la incertidumbre se apoderaron de Zhota. No era la espada lo que veía ante él, sino el hombre que la empuñaba: el hombre que siempre era mejor, que nunca se arrugaba ante la tarea que se le asignaba, daba igual lo ardua que esta fuese.

La cimitarra seccionó el bastón Zhota, lo que hizo que acabase de rodillas. Su maestro soltó la espada y rugió con ira.

—¡Idiota! Podría haberte matado. Has permitido que tus miedos te guiaran.

Akyev observó con indignación los fajines de color verde, azul y blanco alrededor del cuerpo de Zhota.

—Te pareces demasiado a un río... Algunas veces en calma y tranquilo, otras veces turbulento.

Los colores del atuendo de Zhota representaban a Ymil, dios de los ríos. La deidad estaba asociada con la emoción, la intuición y las propiedades vigorizantes del agua. Sin embargo, había monjes, sobre todo Akyev, que afirmaban que Ymil era caprichoso e indeciso. Debido a que Zhota había elegido a dicho dios como su protector, los Patriarcas le habían asignado a Akyev. Tenían la esperanza de que la rígida conducta del anciano monje aplacara la naturaleza vacilante del joven, y viceversa.

—Nuestras tareas son simples, y nuestras órdenes claras. ¿Por qué las complicas con dudas? —dijo Akyev mientras examinaba el corte en el bastón de Zhota—. Este es el coste de la

desobediencia. Esto es lo que sucede cuando te desvías del deber. Y cuando sopla el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla.

La luna estaba en lo más alto cuando Zhotá dejó de revivir el recuerdo de ese día en su mente, con su pulgar ya áspero tras pasarlo por la grieta dentada de su bastón. El chico aún dormía. El mero hecho de mirarlo hacía que Zhotá enfureciese. Deseó no haberse encontrado jamás con él.

Él no es importante, se dijo Zhotá a sí mismo. El pasado del huérfano y todos los misterios del campamento masacrado no eran más que distracciones. Según la noche iba avanzando, el monje tomó una decisión. Había algunas aldeas al sur de donde se encontraban. Si no habían sido atacadas, podría encontrar a alguien que cuidase al chico.

Y si habían sufrido ataques y no encontrase ningún sitio seguro en tres días, le daría al niño la única opción restante: la paz.

* * * * *

Zhotá se colocó justo debajo de un rayo de luz que atravesaba el dosel forestal, disfrutando el limpio sol del amanecer. Se puso de puntillas, elevó sus brazos e inclinó la cabeza hacia abajo, de tal forma que su barbilla tocaba su pecho. Mantuvo esta postura, con los ojos cerrados, durante más de diez minutos, mientras silenciosamente recitaba mantras para limpiar su mente.

Sus meditaciones matutinas eran lo más cercano al descanso que se permitía a sí mismo. Apenas había dormido en las últimas semanas, viajando de día y manteniéndose en guardia por la noche.

Ya habían pasado cinco días, y el niño aún estaba vivo. Tal y como se temía el monje, las aldeas que había visitado estaban vacías. Con cada día que pasaba Zhotá había fabricado alguna excusa para justificar el no haber entregado el niño a los dioses. Hoy, intentó justificar sus dudas convenciéndose de que la siguiente aldea no quedaba demasiado lejos.

—Mishka... Así me llamo —dijo el niño, interrumpiendo la paz de Zhotá.

—Zhotá —gruñó como respuesta, y volvió a concentrarse en sus mantras.

Un momento después escuchó un sonido raro: algo extrañamente dulce que no pertenecía al Gorgorra. Al abrir los ojos pudo ver a Mishka tocando unas temblorosas notas con la flauta.

El niño bajó el instrumento.

—¿Conoces "El embaucador de las carretillas de musgo"?

—No —respondió Zhotá irritado, aunque a decir verdad sí que la conocía. Era música para niños, llena de heroicidades descabelladas: exactamente el tipo de música que habría tocado en su juventud.

—Era la canción favorita de madre, la que tocaba cuando las cosas iban bien. —Mishka esbozó una sonrisa agrídulce—. Puedo enseñarte a tocarla.

—No es nece... —Zhota comenzó a hablar, pero el niño empezó a tocar de todos modos.

Zhota suspiró y dejó a un lado su pose meditativa.

Deja al chico que toque si eso le hace feliz. Pronto acabará todo, se dijo a sí mismo.

Cuando Mishka y él se dispusieron a comenzar la jornada, Zhota subió al chico a su espalda. Dos noches atrás, el muchacho se había tropezado con un árbol caído y casi se había roto el brazo. Desde entonces el monje había llevado de vez en cuando a Mishka para acelerar el paso y evitar que el chico tuviese problemas.

Mientras Zhota recorría con dificultad los densos bosques de montaña, el niño prosiguió con su canción. Zhota intentó hacer caso omiso a la melodía, creyendo que el niño se cansaría de ella, pero no mucho después el sol ya se estaba poniendo y Mishka aún seguía armando escándalo con el instrumento.

La música no le llegó de verdad hasta esa noche, mientras Zhota montaba un nuevo campamento. En una lejana esquina de su mente escuchó el sonido de carcajadas, y en una aldea de casuchas con tejados de paja vio a niños descalzos corriendo sin cuidado alguno, inocentes e ignorantes del precario equilibrio existente entre el orden y el caos en el mundo. Durante los primeros instantes no se percató de que estaba contemplando su propia niñez.

"Cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla." Esas palabras resonaban en su cabeza.

—¡Basta! —Zhota arrebató a Mishka la flauta y la guardó entre sus fajines.

—Solo quería que escuchases la canción —dijo el niño, frunciendo el ceño.

—Con una vez bastaba; no hacían falta mil —gruñó Zhota antes de poner freno a su irritación. Al ver que Mishka bajaba la cabeza sintiéndose culpable, el monje añadió —Ya es de noche, y estabas llamando la atención de manera innecesaria.

Había pronunciado esas palabras como una excusa, pero ni siquiera pasó media hora antes de que se hiciesen realidad.

Dos agudos silbidos perforaron la noche. Zhota abrió su mente a los bosques en busca de movimiento, pero los dioses se mostraron igual de reacios que siempre a hacer de guías. No mucho después, dos hombres salieron de entre los árboles, ataviados con un variopinto y desgastado conjunto de armadura de batalla.

Zhota supo qué tipo de gente eran nada más verlos. *Bandoleros... Mercenarios... Hombres sin dios.*

Se mostraron vacilantes desde uno de los extremos del campamento e intercambiaron miradas. Uno de ellos, un bestia con gruesos y poderosos brazos y una cicatriz brillante que iba desde su oreja izquierda hasta la barbilla, observó a Zhota y después se dio la vuelta con intención de marcharse. El otro lo detuvo. Tenía un bello rostro perfectamente afeitado, enmarcado por su cabello negro azabache, que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos color esmeralda brillaban con fuerza a la luz de la hoguera, y se encontraba observando atentamente a Mishka.

—La noche es oscura, hombre santo —dijo el apuesto hombre, rompiendo finalmente su larga mirada.

—Si así es, que mi fuego alivie tu pesar —respondió Zhota, terminando de ese modo el antiguo saludo. Incluso con aquellos hombres, no podía encontrar el modo de ignorar las instrucciones de Akyev relativas a observar a los viajeros.

—¿Qué os trae a las profundidades del bosque? —preguntó Zhota, mientras los dos bandoleros se establecían junto al fuego. Mantenía comedida su respiración y su rostro calmado, pero tras esa máscara inmóvil estaba juzgando los movimientos de los recién llegados, escudriñando sus debilidades. Los viajeros iban armados: el bestia con una inmensa hacha de batalla, y su compañero con una imitación de espada que colgaba a su espalda.

—Lo mismo que a ti. —El apuesto hombre acercó las manos al fuego para calentarlas—. Por lo que parece los monjes escasean, y tu orden ha llamado a aquellos armados con acero para prestar ayuda.

Mentira, le habría encantado exclamar, pero mantuvo a raya su lengua. El pensamiento de los Patriarcas utilizando a bandidos para mantener su divina voluntad era un sacrilegio. Los hombres sin dios solo veneran una cosa: el oro.

—¿Cuándo han emitido los Patriarcas un decreto semejante?

—No han sido ellos directamente. Fue uno de tus hermanos, quien estaba patrullando esta zona. Habló de un demonio suelto por el bosque. Un taimado cachorrillo que tiene el rostro de un niño ciego y la piel y el cabello blancos como la nieve. —Mientras hablaba esbozó una sonrisa dirigida a Mishka—. Parece que has capturado al pobre diablo tú solo.

Mishka se revolvió.

—¡No soy un demonio!

—¿Y por qué estás atado entonces? —El hombre con la cicatriz comenzó a reírse.

—El demonio es el que me persigue. Mató a madre y al resto. —En los ojos de Mishka se empezó a acumular sangre.

—Lágrimas de sangre... —El apuesto hombre se encogió—. Si no eres un demonio, estás maldito.

—No puedo controlarlo. Ha sido así desde que nací. Madre decía que solo los idiotas creen que es una maldición. —Mishka extendió sus manos atadas y buscó a tientas a Zhota—. Tú me crees, ¿verdad?

—Silencio —respondió Zhota, mientras el temor y las dudas se abrían paso en su interior.

Nada en el Gorgorra es lo que parece.

Era posible, debía admitirlo, que algún miembro idiota de su orden hubiese reclutado a mercenarios en busca de ayuda. Y si este monje creyese que el chico era un demonio... ¿Acaso Zhota había estado engañado todo ese tiempo?

No. Había vigilado al niño durante días. Mishka no era más que un crío, aunque maldito por los dioses. Muy probablemente habían corrido cuentos sobre un muchacho horroroso que vagaba por los bosques, y el otro monje los había dado por ciertos.

—¿Dónde está ese monje? Debo hablar con él sobre el niño.

—Querrás decir sobre el demonio, ¿no? —dijo el hombre apuesto—. La última vez que lo vimos estaba al oeste de aquí. Él nos encontró a nosotros, no al revés.

—Entrégnos a la criatura —añadió el hombre con la cicatriz—. El monje nos prometió darnos su peso en oro. Necesitamos esas monedas. Hemos estado viviendo a base de raíces y carroña durante días.

Zhota le ignoró.

—Has dicho que al oeste. Buscaré a ese otro monje.

—Iremos contigo —anunció el bestia—. El monje nos debe algo por nuestro trabajo.

—Vuestro trabajo ha terminado. —Zhota se levantó y cogió a Mishka.

—En ese caso, supongo que tienes las monedas con las que pagarnos, ¿verdad? —preguntó el hombre apuesto.

—Vuestra recompensa es la gratitud de los Patriarcas.

El hombre con la cicatriz escupió a los pies de Zhota.

Su camarada lanzó un suspiro.

—Verás: eso supone un pequeño problema. El deber y el honor están bien, y son suficientes para ti y tus hermanos rapados, pero no tanto para gente como nosotros.

Zhota respiró varias veces de manera comedida para calmar su ira. Había aguantado la presencia de aquellos hombres durante demasiado tiempo.

—Esa es la razón por la que gente como vosotros vive rodeada de indecencia e ignominia.

El hombre con la cicatriz se enrabietó, pero su compañero únicamente comenzó a reírse, emitiendo un sonido ronco lleno de desprecio y condescendencia. Aún seguía riéndose cuando sacó la imitación de espada de su espalda.

—Eres tozudo, ¿eh? —dijo—. Tu barba es mucho más corta que la del otro monje que nos encontramos. No debe haber pasado mucho tiempo desde que te amamantaste por última vez con las sagradas tetillas de los Patriarcas en tu casucha de la montaña.

Zhota permaneció inmóvil, con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Lo suficiente como para encargarme de dos hombres sin dios.

—¿Dos? Es posible. ¿Pero tres? —El apuesto hombre dio un silbido.

De entre la oscuridad detrás de Zhota se oyó el silbido de madera con punta de acero surcando el viento. Se giró y realizó un rápido arco con su bastón, partiendo la flecha en dos apenas a un pie de su pecho.

Cuando se giró para ver el campamento, el hombre apuesto se disponía a atacar a Mishka rodeando la hoguera. Zhota proyectó su bastón hacia las llamas, y una ola de aire surgió de su bastón y chocó contra la hoguera, arrojando leños ardientes contra el bandido. La mayor parte de los ardientes restos rebotaron en su armadura, pero un ascua atravesó su cara y fue a parar a su ojo derecho. El hombre gritaba de dolor mientras el fuego se extendía y prendía su cabello.

El bestia saltó por encima de la hoguera y avanzó pesadamente hacia Zhota con su hacha de batalla elevada por encima de la cabeza. Zhota permaneció en el sitio mientras el bandido lanzaba su inmensa arma hacia abajo. En el último momento, el monje esquivó el tosco ataque y el hacha de su enemigo acabó hendida en el suelo del bosque. Zhota le fracturó ambos antebrazos con su bastón, los cuales se hicieron añicos cual cerámica con vino dentro, expulsando un torrente de sangre y huesos astillados.

El apenas discernible tañido de la cuerda de un arco sonó tras Zhota. Este se hizo a un lado, la flecha silbó junto a su hombro y acabó perforando el pecho del hombre con la cicatriz. Se escuchó al asaltante oculto maldiciendo en alto, y después los sonidos de sus pisadas retirándose a las profundidades del bosque, lejos del campamento.

Zhota examinó los alrededores. El hombre apuesto también estaba muerto, con la piel de su cuello y cara formando una masa de sangre y ampollas. Mishka, sin embargo, había desaparecido.

—¿Mishka? —exclamó. Un escalofrío de terror subió por su espalda.

—Aquí —dijo el niño, mientras salía a rastras de debajo de un árbol caído—. Ellos mentían. El demonio envió a...

—¡Silencio! —gritó Zhota.

Los pensamientos se iban acumulando en su mente. Podía oír la voz de Akyev reprendiéndolo. *Todo ha sido una artimaña para pillarte desprevenido. ¿Tan tonto eres que no lo viste venir?*

—¿Por qué no me crees? —preguntó Mishka. Extendió la mano y agarró con ella la de Zhota.

Había algo irónico en ese niño enfrente de él, tan inocente, teniendo en cuenta que hace días Zhota había decidido matarlo. En ese momento el monje se dio cuenta de cuánto le recordaba Mishka a sí mismo cuando era un crío, lleno de confianza y esperanzas y todas esas cosas que el Inquebrantable había despreciado. Eran los obstáculos en el camino del deber: las partes infantiles de sí mismo que Zhota pensaba que había aniquilado con el entrenamiento.

Sin embargo, nunca murieron del todo. Le revelaron una verdad que era difícil de creer: que Mishka solo *era* un niño, solo, asustado y ciego, buscando una mano que lo guiase a través de las sombras del Gorgorra. Existía una razón por la que el dios del destino había hecho que se encontraran.

—Quiero la verdad —dijo Zhota—. ¿Quién es ese demonio? ¿Por qué te persigue?

El niño se mordió el labio inferior, vacilante, pero terminó por hablar.

—Lo envía padre.

—¿Por qué haría un hombre una cosa así?

—Mi padre... Él no es *solo* un hombre —dijo Mishka tímidamente.

En ese momento comenzó a relatar su pasado.

* * * * *

Una densa niebla descendió sobre el Gorgorra, difuminando el sol del mediodía y pintando el bosque con tonos de decadencia. Zhota había llevado sobre su espalda a Mishka en círculos durante horas, yendo hacia el oeste de su campamento, con la vana esperanza de encontrar al monje del que habían hablado los hombres sin dios. No era la primera vez que Zhota se consideraba a sí mismo un idiota por tomarse en serio sus palabras.

Aun así, siguió caminando como pudo. Si alguien de su orden estaba realmente allí tenía que encontrarlo y decirle la verdad sobre Mishka. El niño había hablado sobre su pasado durante gran parte de la noche, una historia tan blasfema que el mero hecho de escucharla provocó que Zhota se sintiese sucio. Cuanto más pensaba en ello, más imposible le parecía. *¿Y cómo te propones convencer a un monje de que es verdad?*

Puso a un lado sus dudas y prosiguió la marcha. Pasó otra hora antes de que se levantase la niebla y Zhota captase el olor del incienso al entrar a un pequeño claro. Al principio era leve, un perfume en claro contraste con los olores a humedad y tierra del bosque. Necesitó un momento para discernir trazas de rosas de sangre y madera de jade, pero cuando lo hizo, se quedó paralizado.

Reconoció el aroma.

—¿Qué sucede? —susurró Mishka.

Zhota no respondió. No podía. Su cuerpo se había vuelto tan rígido como una roca. Conocía ese olor tanto como su propio nombre. Provenía del incienso de Akyev, y había sido parte del viejo monje cada día de entrenamiento de Zhota.

De repente se sintió pequeño y débil... Justo como el niño que una vez había sido, antes de que Akyev hubiese acabado con esa parte de él, o al menos lo hubiese intentado.

La mañana en que Zhota conoció por primera vez a Akyev, el aire era fresco y limpio. El Inquebrantable le había hecho ir al alba a una de las terrazas del monasterio. El joven monje había escuchado muchas historias sobre la célebre fuerza de su maestro, y había estado contando las horas que quedaban para conocerlo y comenzar el entrenamiento.

Pero la juvenil felicidad de Zhota murió ese mismo día. Aprendió que el Inquebrantable era considerado como una rareza en la orden, un hombre que estaba dispuesto a hacer cualquier

cosa si eso significaba cumplir órdenes. Su poder y determinación solo encontraban parangón en su fanatismo y su carácter intransigente.

—Salta —había dicho Akyev, apuntando al borde de la terraza, la cual terminaba en un precipicio con doscientos metros de caída.

Zhota tardó un rato en darse cuenta de que Akyev lo decía en serio. Ahí fue cuando el miedo se apoderó de él. Sabía que si obedecía la orden moriría, pero aun así una pequeña parte de él creía que estaría a salvo. Esa sensación no provenía de su deseo de seguir órdenes a ciegas, sino de lo más profundo de sí mismo. En última instancia, sin embargo, Zhota la atribuía a la locura pura y dura.

Cuando su maestro lo agarró por el cuello y lo arrastró al borde del precipicio, Zhota gritó pidiendo clemencia. El Inquebrantable respondió a sus súplicas lanzándolo al abismo. Cerró sus ojos aguardando a la muerte, hasta que cayó contra una cornisa de piedra un metro escaso por debajo del monasterio: una cornisa que antes no estaba ahí.

Eso sucedió antes de que conociese los secretos del monasterio: las paredes que no eran paredes, las escaleras que no eran escaleras, y las muchas otras ilusiones que servían para mantener a los iniciados en estado de alerta permanente.

Tras la caída de Zhota, Akyev le había subido de la cornisa. El joven monje estaba temblando de manera descontrolada.

—Tiemblas como una hoja en el viento —le reprendió el maestro.

—El miedo te esclaviza. Por eso nunca llegarás a ser un monje. No eres más que un chico asustado que no tiene sitio en esta orden.

Cuando Zhota reunió el valor suficiente para mirar a Akyev a los ojos, el Inquebrantable le preguntó —Debes elegir. ¿Eres ese chico, o eres un monje?

—No soy ese chico —había respondido, secándose las lágrimas.

—Que así sea. Si vuelve a mostrar su rostro, no habrá ninguna cornisa que lo salve de la caída.

Zhota abandonó el recuerdo y negó con la cabeza. Aquel día había ignorado su intuición. Y no sería la última vez. A lo largo de los años, el Inquebrantable había trabajado sin descanso para eliminar la insistencia de su alumno en confiar en sí mismo al presentársele situaciones difíciles. A Akyev no le importaba en absoluto que las intuiciones de Zhota fuesen correctas o no. Él creía que semejante confianza en sí mismo podía comprometer la capacidad de obedecer las órdenes de los Patriarcas y seguir su divina voluntad.

—¿Qué sucede? —preguntó Mishka mientras descendía de la espalda de Zhota.

—Nada. —Una fría inquietud se estaba apoderando de su estómago. Si fuese cualquier otro monje, es posible que Zhota lo convenciese de la inocencia de Mishka. Pero no Akyev. No el Inquebrantable.

Zhota pensó en abandonar esa zona del bosque, pero su maestro los encontró antes de que pudiese poner en práctica esa vergonzosa idea. Akyev había salido de detrás de un enorme pino, dirigiendo una bestia de carga con una gran cantidad de bolsas de cuero de diferentes

tamaños. El anciano monje tenía el mismo aspecto de siempre: tranquilo y sereno, sin un solo rastro de gris en su negra barba. Los círculos del orden y el caos de su frente seguían igual de intensos, como si se los hubiese tatuado el día anterior en vez de años atrás.

—Zhota —dijo Akyev. Observó brevemente a Mishka, pero su rostro no mostró ninguna señal de sorpresa.

—Maestro. —Zhota juntó sus palmas y se inclinó ante él.

El anciano monje avanzó hacia adelante con pasos lentos y medidos hasta que se plantó frente a su antiguo alumno. Zhota le sacaba una cabeza a su maestro, pero aun así, sintió como si estuviese frente a un gigante.

—Temía que no estuvieses preparado, pero parece que has demostrado que me equivocaba. —Akyev desplazó su mirada hacia Mishka—. Has triunfado allí donde yo fracasé. Sin duda alguna, los dioses son misteriosos.

Aquello produjo un gran sentimiento de orgullo en Zhota. Akyev nunca antes había elogiado sus esfuerzos. Su maestro siempre había encontrado errores en todo lo que hacía. Durante su estancia en el monasterio, Zhota había presenciado cómo otros monjes desarrollaban relaciones positivas con sus acólitos. Cuando los alumnos cometían errores no eran necesariamente castigados, sino que se les mostraba el camino correcto. Ese no había sido el caso de Akyev. Zhota luchaba contra la naturaleza embriagadora de la extraña afirmación de su maestro, acordándose de la difícil situación del niño.

—Estás buscando a un demonio, pero este chico... —comenzó a decir Zhota, pero su maestro lo interrumpió.

—No es un chico. Nada en el Gorgorra es lo que parece. Mira en qué se ha convertido este sagrado lugar. Se ha perdido el equilibrio. Este, Zhota, es el momento para el que hemos entrenado durante toda nuestra vida.

Akyev bajó su voz al nivel de un susurro y apuntó hacia Mishka.

—Los dioses del orden tiemblan intranquilos. Esta abominación con apariencia de niño no es más que otra prueba del grave estado de las cosas.

El chico había guardado un extraño silencio durante la conversación. Zhota pudo ver en ese momento que estaba congelado por el terror. La sangre brotaba de sus ojos, y su cuerpo temblaba de manera incontrolada.

—¡Es el demonio! —gritó de repente Mishka—. ¡El demonio!

—¿Lo ves? —dijo Akyev con tranquilidad—. La espantosa criatura hará uso de cualquier mentira para ocultar su verdadera forma.

Abominación. Lo absurdo de la historia de Mishka era una pesada losa sobre Zhota. Sabía que tenía que actuar rápidamente antes de que cediese ante sus dudas, así que apartó de su mente toda reserva y relató la historia del niño.

La noche anterior, Mishka había confesado ser el hijo de un Patriarca y su concubina. Debido a las deformidades del niño, su padre había considerado matarlo, pero su madre había

convencido al Patriarca para encerrarlo en una esquina del palacio de Ivgorod. Mishka había vivido allí durante años, aislado, hasta que el fuego celestial abrasó el cielo. Según iban llegando a Ivgorod las historias sobre oscuras e impuras fuerzas alzándose en el Gorgorra y otras regiones, el miedo y la paranoia se habían apoderado del reino. Las tensiones habían estallado entre el aterrizado pueblo llano mientras dirigían sus miradas hacia los Patriarcas en busca de respuestas... En busca de salvación.

Los Patriarcas eran la voz de los mismos dioses. Eran el paradigma de la rectitud. Que uno de ellos engendrara a un niño como Mishka sería visto, en el mejor de los casos, como un oscuro presagio. Pero en estos sombríos y ominosos tiempos, una progenie tal arrojaría dudas sobre la propia pureza del Patriarca. Por esta razón, supuso Zhota, el sagrado líder habría finalmente ordenado asesinar a su hijo. Solo gracias a los esfuerzos de su madre y unos pocos sirvientes fieles había Mishka evitado su suerte, desapareciendo de Ivgorod en el corazón del Gorgorra.

Cuando Zhota terminó de hablar, Akyev lo observó durante largo rato, sin discutir ni cuestionar la historia. Simplemente dijo —Solo has escuchado las mentiras que el demonio ha querido contarte.

—Sé que es difícil de comprender, pero yo creo que es inocente.

—¿Tú *crees*? ¿Estarías dispuesto a jurar, por tu honor como miembro de nuestra orden, que eso es cierto?

—Sí —respondió Zhota, aunque su voz estaba falta de convicción.

Akyev inclinó la cabeza y respiró profundamente.

—En ese caso, estaba equivocado...

—Es lo que has dicho: nada en el Gorgorra es...

Akyev interrumpió la frase con una patada a la media vuelta sobre el esternón de Zhota que aplastó el aire de sus pulmones.

Todo se sumió en la oscuridad, y en su cabeza comenzaron a sonar campanas. Más allá del ruido podía oír a Mishka gritar. Cuando Zhota recuperó la vista, observó a Akyev por encima de él, agarrando al niño por el pelo.

—Me equivoqué contigo —exclamó Akyev—. ¿Cómo has podido apartarte del camino de esta forma? ¡Ha sido uno de los propios Patriarcas quien me ha informado sobre el demonio y sus engaños! ¿Quién eres tú para cuestionarlo?

Zhota plantó su bastón en el suelo y se levantó con denodados esfuerzos mientras las palabras del Inquebrantable lo golpeaban. *Uno de los Patriarcas le ha ordenado que hiciera esto. ¿Los ocho restantes no tenían nada que decir?*

—Mata a la criatura —ordenó el Inquebrantable—, y se te perdonarán tus faltas.

El deseo de obedecer era asfixiante. Había vivido tanto tiempo según las enseñanzas de su maestro que desafiarlas casi le hacía sentirse físicamente enfermo. Y, sin embargo, una voz en el interior de Zhota le susurraba que simplemente lo hiciera; era una intuición, un destello de una visión, como aquellos que Akyev siempre le había dicho que silenciase durante sus años de

entrenamiento. Iba contra todo lo que había aprendido que estaba bien, pero de un modo absolutamente inexplicable, relucía con la luz de la verdad.

—No... Él no es... —acertó a decir Zhota entre resuellos.

Su maestro lanzó un suspiro. —Seguía teniendo la esperanza de que te harías fuerte, de que superarías las debilidades que hay en tu interior. Pero aún eres un niño. Yo soy el único al que se le puede echar en cara tus errores.

—Los dioses están intranquilos, tal y como dijiste. —Zhota se armó de valor para pronunciar la blasfemia que estaba a punto de decir—. El Patriarca que te ha enviado ya no está preocupado con mantener el balance —continuó—. El demonio que buscas, si es que existe, está fuera incluso ahora.

Akyev soltó un rodillazo al estómago de Zhota, y este cayó al suelo. Alzó la vista en el momento justo para ver cómo la mano libre de su maestro se abalanzaba hacia adelante. El dolor se abrió paso en la frente de Zhota. Algo caliente y húmedo corría por sus ojos y su nariz. Cuando Akyev retiró su mano y arrojó a un lado algo empapado en sangre, Zhota se dio cuenta de que era la piel de su frente en la que se había tatuado los círculos del orden y el caos.

—¡No tienes derecho a llevar estos símbolos sagrados! Tú no eres un monje... No. Vuelve al monasterio de inmediato y espera mi llegada. Tu sacrilegio llegará a los oídos del Patriarca.

El Inquebrantable emprendió su marcha, arrastrando a Mishka consigo. Zhota se levantó, resistiendo la vergüenza. Los fallos y lecciones inscritas en su bastón parecían hacer que su mano ardiese allá donde las tocase.

Rabia... Rabia por todas esas veces en las que se había visto superado por él, todas esas veces en las que había querido creer en sí mismo solo para que el Inquebrantable lo menospreciase... La rabia inundaba sus venas como si fuera fuego.

Cargó contra Akyev, reduciendo la distancia que los separaba, y golpeó con su bastón el cuello de su maestro. El impacto provocó que los brazos de Zhota se estremecieran como si hubiesen golpeado una roca de granito. Su bastón se combó, y una gran grieta se abrió a lo largo del arma.

Akyev se tambaleó levemente, lo suficiente para que Mishka quedase libre.

—¡Escóndete como te dijo tu madre! —gritó Zhota—. ¡Sal solo cuando escuches su canción! —Mishka se adentró a trompicones en las profundidades del bosque. No conseguiría llegar lejos por sí solo, y Zhota lo sabía.

Pero Akyev se tragó el anzuelo. Sacó su cimitarra y comenzó a perseguirlo, con la espada brillando débilmente en la penumbra del bosque. Zhota dirigió su bastón contra el pecho del Inquebrantable. Akyev esquivó el ataque con facilidad y después realizó con su espada un arco bajo a una velocidad inusitada. Zhota clavó los pies contra el árbol situado a su espalda y dio una voltereta por encima del anciano monje y su ataque.

El filo del Inquebrantable cortó limpiamente el tronco del árbol. El altísimo pino comenzó a derrumbarse sobre el claro, en dirección a la bestia de carga. El animal resopló y avanzó con parsimonia hacia adelante justo cuando las ramas del árbol caían sobre su lomo, tirando las

bolsas al suelo. Zhota se estremeció cuando el pino se estrelló contra el suelo del bosque con un enorme estruendo.

Las pertenencias de Akyev se desparramaron por todos lados. La mayor de las bolsas se rompió y se abrió, y algo salió rodando de ella sobre un lecho de sal y hierbas. Tenía un tono pálido y descompuesto, con cabello negro y ralo.

Se trataba de la cabeza de una mujer, con su boca abierta de par en par y congelada en un silencioso grito.

Todas las piezas del rompecabezas encajaron al instante. La caravana masacrada. El cuerpo decapitado. El demonio.

Zhota miró a Akyev, sin querer creérselo. Su maestro era muchas cosas, quizás el monje más cruel y severo de todos, pero Zhota nunca imaginó que pudiese ser un asesino.

Ni siquiera podía pasársele por la cabeza que los Patriarcas pudiesen consentir la carnicería de la caravana bajo circunstancia alguna. No, todo eso era imperdonable. Era evidente que el padre de Mishka era uno de los Patriarcas comprometidos con el caos y que estaba actuando sin el consentimiento del resto de los gobernantes. Quizás por eso había elegido a Akyev, un hombre que obedecería sin dudar cualquier orden que recibiese.

Akyev no miró la cabeza más de una vez. Su cimitarra se hundió en el bíceps izquierdo de Zhota con un golpe perfectamente ejecutado que serró los músculos de la extremidad. Su brazo quedó inerte, y dio unos cuantos pasos de manera desorientada, alejándose del anciano monje antes de recuperarse.

Zhota realizó en una finta un barrido con su bastón a una mano hacia la cabeza de Akyev para, a continuación, propinar una patada en el estómago al Inquebrantable. Akyev agarró su tobillo y lo arrojó contra el árbol caído.

Antes de que Zhota pudiese rodar hacia un sitio seguro, su maestro saltó hacia adelante e hizo caer su cimitarra. Zhota sacó el bastón con su mano derecha para desviar el golpe, pero de repente se sintió impotente contra la leyenda a la que se enfrentaba, y en su mente se arremolinaron las dudas al igual que le había sucedido durante los entrenamientos. La espada hizo añicos su bastón, pero la medida defensiva fue suficiente para desviar el ataque del anciano monje. La cimitarra de Akyev realizó un corte en diagonal sobre el pecho de Zhota, provocando una herida superficial.

Zhota intentó levantarse con su brazo bueno, pero se derrumbó sobre el suelo envuelto en dolor y siendo consciente de la derrota.

—Has luchado como esperaba, sin elegancia ni determinación —afirmó Akyev.

—Sabes de sobra que el niño no es un demonio —acertó a decir Zhota.

—Sé lo que el Patriarca me ordenó. Yo no le cuestiono.

—La caravana... Mataste a aquella gente.

—Cumplía con mi deber.

—¿Era necesario que contratases los servicios de hombres sin dios? ¿Que matases inocentes?

—Los bandidos no eran más que herramientas, del mismo modo que yo soy un instrumento de las divinidades. Los habría enviado a los dioses para que fuesen juzgados si me hubiesen entregado al demonio. Y con respecto a los otros, protegían a la criatura. Cuando pregunté adónde había huido maldijeron a los Patriarcas. Los viajeros murieron como los perros que eran.

Akyev realizó un gesto hacia la cabeza cercenada.

—Era de la demonio. La cogí como prueba de su muerte. Era la esclava del niño demonio, una zorra a quien la criatura enviaba a las diferentes aldeas para atraer a nuevas víctimas.

—Eso es mentira —dijo Zhota—. Su padre, el Patriarca, ha recurrido al asesinato debido a sus temores. Cree que los plebeyos pensarán que está corrupto y que quizás incluso se levanten contra él si saben que engendró a un niño deformado. Ha abandonado el sistema de equilibrio para perseguir sus propios fines.

—Jamás entenderás lo que es cumplir con el deber —replicó Akyev—. Condenas mis acciones con un corazón humano cuando son los dioses quienes las dictan. Eres peor que un hereje. Eres una mancha en mi honor y en el de toda nuestra orden. Te entregaré a los dioses para que seas juzgado por ellos.

—Sabes que es simplemente un niño, ¿verdad? Pero has elegido ignorar la verdad —dijo Zhota mientras el Inquebrantable elevaba la cimitarra muy por encima de su cabeza. En los ojos de su maestro pudo ver incertidumbre durante un brevísimo instante.

A pesar de ello, Akyev lanzó su ataque. Dio la impresión de que el tiempo se ralentizaba mientras el acero se precipitaba hacia abajo... abajo... abajo. Con repentina claridad, Zhota se dio cuenta de que no era el quien había flaqueado, sino Akyev. El Inquebrantable, en su debilidad, se había doblado ante el creciente caos y había cerrado sus ojos a la verdad.

Zhota rezó a los silenciosos dioses a su alrededor para que le proporcionasen fuerza. Si aún quedaba algo inocente en el Gorgorra sabía que era Mishka. Zhota se concentró en ese pensamiento, recordándose a sí mismo que estaba actuando de acuerdo con los principios del equilibrio. Hizo que el miedo y el dolor se disipasen, concentrándose en la superficie de su mano derecha y deseando que fuese fuerte mientras la alzaba al encuentro de la espada.

La cimitarra del Inquebrantable se estrelló contra su mano. El peso de la espada era como el de una montaña entera presionando contra él. Y sin embargo, el filo del arma no atravesó la piel de Zhota. Él no se doblaría como Akyev. Él no se rompería.

—Solamente es un niño —gruñó Zhota entre dientes mientras asía la espada fuertemente con los dedos—. ¡Aún puedes hacer lo correcto!

—*Silencio!* —gritó el anciano monje. El sudor caía por sus cejas, esforzándose sobremanera por conseguir liberar a la cimitarra de las garras de Zhota. Cuando se dio cuenta de que no podía, el Inquebrantable se inclinó hacia adelante, presionando el acero contra la mano de Zhota.

No me doblaré. No me romperé.

Zhota emitió un rugido inhumano y torció su muñeca. El arma de Akyev se partió como madera podrida, y el anciano monje perdió el equilibrio por la súbita tensión liberada. Zhota giró el filo roto en su mano hacia un lado y realizó con él un estrecho arco hacia arriba, cortando el cuello de su maestro de manera tan limpia que la cabeza de Akyev permaneció sobre sus hombros hasta que su cuerpo se estrelló contra el suelo.

* * * * *

Zhota no pudo recordar después cuánto tiempo estuvo tumbado, mirando hacia arriba con la mente tan clara como el cielo despejado que se intuía sobre el toldo que formaba el bosque. Tampoco guardaba recuerdos sobre las tareas que llevó a cabo después: vendar sus heridas, cantar mantras de curación y esforzarse por construir una pira para purificar el cuerpo de Akyev según iba ganando movilidad en su brazo izquierdo. Lo primero que recordaba era llevar la flauta a sus labios y tocar el instrumento. Temía no acordarse de las notas de la canción de cuando la tocaba cuando era un muchacho.

Pero la melodía debía ser la correcta, porque Mishka apareció en el claro.

—¿Zhota? —preguntó con cierto miedo.

—Aquí.

Mishka siguió el sonido de su voz y llegó a su lado.

—El demonio...

—No era un demonio, pero ya está muerto —respondió Zhota.

Zhota le quitó el fajín que ataba sus manos y a continuación llevó al chico al lugar en el que se encontraba la cabeza de su madre. Quería dar a Mishka la oportunidad de decirle adiós antes de que el monje la enviase con los dioses. Pero el niño solo respondió —No... No lo necesito. Ya tengo la canción.

Después de terminar el trabajo, Zhota consideró qué dirección tomar. No sabía cómo reaccionaría el Patriarca cuando Akyev no regresase con pruebas de la muerte de Mishka. A pesar de ello, Zhota sabía que era casi imposible que el gobernante encontrase a otro monje como el Inquebrantable: uno que no se mostrase opuesto a realizar actos de destrucción y crueldad sin sentido que iban en contra de la naturaleza del equilibrio.

A pesar de las terribles lecciones que había aprendido últimamente, Zhota encontró consuelo en el hecho de que tanto Akyev como el Patriarca no eran más que aberraciones. Al igual que el estado del propio Gorgorra, eran otra prueba más de los problemáticos tiempos en los que se había instalado el mundo, injusticias con las que se podía acabar. Otros monjes, honorables guerreros que jamás habrían hecho lo que hizo Akyev, estaban arriesgando sus vidas para hacer retroceder a las florecientes fuerzas del caos. Ellos no habían cerrado sus ojos a los honrados principios sobre los que se había construido la orden de los monjes, y Zhota tampoco lo haría.

Condujo a Mishka de la mano fuera del claro y se dirigió al norte, hacia Ivgorod, con el objetivo de informar de todo lo que había sucedido en relación a su orden. Su camino nunca había

estado tan claro como en esos momentos, y, por primera vez en su vida, sintió que verdaderamente comprendía lo que era ser un monje.